

mana, el espíritu de Pitágoras asiste, desde su incorruptible altura a esta síntesis de pensamiento y de amor. Quizás el inspirado atravesó las gélidas inmensidades, empujado por la presión de un rayo de luz, y ha vuelto a la tierra a cantar, después de siglos, la epifanía de su himno de victoria.

5

Charlábamos el otro día con un aviador que, a bordo de su máquina, hizo la campaña con motivo del último episodio revolucionario. Nos decía:— Cuando uno se eleva un poco en el espacio sobre las ciudades, parecen los asuntos humanos cosa de poco momento. Queda uno en el aire puro, en presencia de Dios, y parece mentira

que las gentes se maten por un puñado de tierra. El Palacio Nacional de México, desde esa altura, agregaba nuestro amigo, es no más un punto insignificante. ¡Cuánta codicia, en cambio, en torno de él! Limpia el espíritu subir un poco para ver desde allí el tránsito de la historia contemporánea.

Así dijo nuestro amigo el aviador. ¿Qué dirán de las molestias del trato humano, que a veces hacen brotar sangre, quienes han oído sonar por vez primera la música pitagórica del infinito? Los astros, dijo el Salmista, «narran la gloria del Señor».

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas,
México, D. F.)

Dos meditaciones recientes de don Miguel de Unamuno

Jueves Santo

Hoy, jueves de Semana Santa o de Pasión, lo que se llama Jueves Santo, aquí, en Fuertecabras de Fuerteventura, frente a la mar serena y el sereno cielo, sobre esta aislada tierra sedienta. Hay que volver a meditar los misterios de la Pasión del Divino Maestro.

Ante todo, una vez más, ¿por qué le crucificaron? Nos lo dice el cuarto Evangelio, el llamado de San Juan, en su capítulo onceno, cuyos versillos 47 y 48 rezan así: «Reunieron, pues, los sumos sacerdotes y los fariseos un concejo y dijeron: ¿Qué hacemos? Porque el hombre éste hace muchas señales, y si le dejamos así creerán todos en él y vendrán los romanos y nos suprimirán, y al lugar y a la raza». Por donde se ve bien claro—repetámoslo otra vez más—que le ajusticiaron—¡justicia!—por sedicioso, por razón política y judaica. Y Caifás decía (ver 50) que convenía que muriese un hombre por el pueblo y no que la raza toda pereciese.

Hoy la raza de Caifás y la de Jesús, la raza judía, anda por el mundo todo sin patria. ¿Sin patria? ¡Sin patria, no! Sin tierra, sin territorio nacional.

Porque el que dijo lo de «dad al César lo que es del César, el dinero, y a Dios lo que es de Dios, la honra y el acatamiento espiritual», nos dió la patria espiritual, la de la raza.

Por razones políticas de estrechez de raza, por separatismo de la civilización, acordaron los sumos sacerdo-

tes, y los fariseos, acabar con el Cristo. Bien decían los suyos, los de su casa, los de su familia, que estaba loco, según se nos dice en el versillo 21 del primer Evangelio, en el llamado de San Marcos.

¿Por razón de Estado? La razón de Estado fué lo que le movió a Pilatos a entregar al Maestro a los verdugos, después de hallarle inocente y preguntarse: «¿Qué es verdad?» Pero lo que a los sacerdotes y fariseos, a los nacionalistas judíos, les movió a pedirle que se le crucificara, fué razón de estrecho nacionalismo judaico. El pueblo escogido no podía consentir que se le hiciese vivir en comunión espiritual con los demás pueblos: con los gentiles. Porque los demás pueblos odiaban y envidiaban—así creían aquellos ruines espíritus—al pueblo escogido. La doctrina de aquel sedicioso era doctrina de universalidad, de hermandad de todos los hombres y todos los pueblos, ¿y cómo transigir y convivir en espíritu con el incircunciso?

Los sacerdotes judíos que llevaron a la cruz al Cristo eran unos fanáticos.

Pasaron los siglos y se estableció en España la Inquisición, y se expulsó a los judíos, primero, y a los moriscos, después. ¿Por motivos religiosos? No, sino para mantener una farisaica unidad de raza, para proteger la homogeneidad, que es origen de empobrecimiento espiritual y moral, y hasta económico y de muerte. Y luego se hizo España el adalid de la Contrarreforma; el hereje fué considerado un

enemigo, no de la religión, sino de la patria cesárea, y fué el Poder temporal, el poder cesáreo, el brazo secular, el que atormentó a los herejes.

Es inútil que Menéndez y Pelayo, creyendo destruir lo que él creía una leyenda, haya creado otra. La leyenda negra de la Inquisición es menos negra que la realidad histórica.

El caos

MARCHA aquí la vida al compás del paso solemne y lento del camello. La lejanía en el espacio trae consigo lejanía en tiempo. Cuando las noticias nos llegan con ocho, a las veces con quince días de retraso, lléganos descoloridas y sin sonoridad. Sus últimos ecos en su foco apagáronse cuando llegan ellas a nosotros. Y esto parece que debe prestarse a que uno las aprecie con más serenidad.

Pues bien: en este tranquilo alejamiento, en este aislamiento—¡y cómo se comprende en esta isla todo el valor de esta palabra: aislamiento!—, tan propicio al examen de conciencia, a la rumia de los recuerdos, a la contemplación del pasado vivo; aquí se siente con más fuerza la tragedia de la decadencia, del derrumbe de un pueblo; aquí se indigna uno más con patriótica indignación.

El pobre señorito que diga que hay que aislar al pesimista no sabe ni lo que es pesimismo ni lo que es aislamiento. Pesimismo, ya lo hemos dicho, le llama un médico a la opinión de otro médico, que cree que con el régimen de aquél el enfermo no sanará, sino antes se pondrá peor, y que estima que lo primero que hay que hacer es arrancar al enfermo de manos del médico optimista, aunque sea para dejarle entregado a la Naturaleza.

¿De dónde han sacado los tontos eso de que carece de soluciones positivas el que les niega su concurso, sabedor de que no hay solución alguna, por buena que parezca, que pueda llevarse a buen término si los tontos se entrometen en patronizarla?

Pero....

Es inútil que le demos vueltas; no puede apartarse de nuestra mente ese agorero término de pesimismo. Es una de las palabras que han acabado por perder su sentido, y como ya apenas si quieren decir nada, como no son más que un «chibolete» (véase el tomo segundo de nuestros *Ensayos*, y entre éstos el titulado *La Fe*), he aquí por qué no se les cae de la boca a los que sólo con la boca hablan. Es una de esas palabras que no sirven más que para tapar un hueco. Y suenan a la oquedad que tapan.

Aquí, en este fecundo aislamiento,